

como mercancías completamente nuevas, los deshechos más averiados de los demás filósofos, valiéndose de las prácticas conocidas en todos los almacenes en liquidación. Sus asaltos más formidables van dirigidos contra puertas abiertas. Este «solitario», este «habitante de las más altas cimas» ofrece la fisonomía adocenada de todos los decadentes. Nietzsche que habla constantemente con un tono lleno de desprecio del «rebaño» y de la «bestia de rebaño», es también, él mismo, la más vulgar de las «bestias de rebaño.» Sólo que el rebaño, al cual pertenece en cuerpo y alma, es un rebaño especial: es el rebaño de las ovejas sarnosas.

Un día, su picardía ordinaria de demente le abandonó un momento, y nos ha revelado Nietzsche mismo cómo nació su filosofía «original». El pasaje es de tal modo característico, que voy á citarlo con alguna extensión:

«El primer impulso de divulgar algo de mis hipótesis sobre el origen de la moral me lo produjo un librito claro, muy arregladito é inteligente, hasta precoz, en el cual me apareció claramente una especie invertida y perversa de hipótesis genealógicas, la especie auténticamente inglesa, y que me atrajo—con esa fuerza de atracción que posee todo lo que es opuesto, antipódico. Este librito llevaba el título de *Origen de las sensaciones morales*; era su autor, el Dr. Pablo Réé, y la fecha de su publicación, 1877. Quizás no haya leído yo nunca nada que haya provocado en mí, proposición por proposición, conclusión por conclusión, el «no» como este librito; pero absolutamente sin cólera ni impaciencia. Trabajaba yo entonces en una obra (*Humano, demasiado humano*), en la cual me apoyé, con ocasión y sin ocasión, en las proposiciones de este libro, no para refutarlas—¡qué tengo yo que ver con refutaciones!—sino como conviene á un espíritu positivo, para poner en lugar de lo inverosímil lo que es más verosímil, y á veces, en lugar de un error otro error¹.»

El lector tiene aquí la clave de la «originalidad» de Nietzsche. Consiste en la simple inversión pueril de una corriente razonable de ideas. Si Nietzsche se imagina que sus negaciones y sus contradicciones dementes han brotado espontáneamente en su cabeza, es juguete de una

¹ *Sobre la Genealogía de la Moral*, pág. 7.

ilusión. Es posible que tuviera ya en su espíritu la locura furiosa antes de haber leído la obra del doctor Réé; pero en este caso, dicha locura había nacido en él como contradicción á otros libros, sin que se hubiera dado cuenta de este origen tan claramente como después de la lectura del trabajo de Réé. Nietzsche lleva su ilusión al punto de llamarse un «espíritu positivo», después de haber confesado paladinamente con franqueza, cuál es su procedimiento: no «refuta»—lo que por otra parte le hubiera sido también muy difícil—pero «dice no á cada proposición, á cada conclusión».

Esta explicación del origen de su filosofía moral «original», encierra un diagnóstico que se impone claramente aun á los ojos más miopes: el sistema de Nietzsche es un producto de la locura de contradicción, forma agitada de la misma perturbación de espíritu que tiene por forma melancólica la locura de la duda y de la negación de que se ha hecho mención en los capítulos precedentes. La «*folie des négations*¹» se denota también en las particularidades del lenguaje de Nietzsche. Tiene siempre en la conciencia un impulso que le lleva en cierto modo á poner un signo interrogativo. Ninguna palabra le satisface tanto como la interrogación «¿cómo?», que emplea á cada paso en las relaciones más extrañas², y también

¹ Locura de las negaciones. En francés en el original.—*Nota del traductor.*

² «¡Con qué encanto se apodera de mí! ¿Cómo? ¿Todo el reposo del mundo se ha embarcado aquí?» «¡En qué necesita vino el entusiasta!—¿Cómo? ¿Se dan alas al topo y orgullosas imaginaciones?» «En tanto que dice sí á este otro mundo, ¿cómo? no ha de decir entonces no á su contrario, este mundo.» «Alrededor de Dios, todo se convierte—¿cómo? ¿quizá en mundo?» «Un pesimista que dice sí á la moral... á la moral *laide neminem*: ¿cómo? ¿es ese realmente un pesimista?» «Miedo y compasión: con estos sentimientos se ha manifestado el hombre hasta aquí ante la mujer.—¿Cómo? ¿Y ahora esto ha de haber concluído?» No voy más lejos; pero hago notar una vez por todas, que podría fácilmente centuplicar todos los ejemplos que cito para poner de relieve el estado intelectual de Nietzsche,

usa con exceso de este giro: se «dice no» á tal ó cual cosa; tal ó cual es uno «que dice no» (*Neinsager*), giro que le inspira por asociación de ideas el giro opuesto «uno que dice sí» (*Jasager*), del que también hace un uso desmesuradamente frecuente. Este «decir no» y este «decir sí» es en Nietzsche una verdadera *paraphasia vesana*, ó lenguaje demente contra el uso, como lo demuestran al lector los ejemplos citados en nota ¹.

Cuando Nietzsche asegura que ha «dicho no» «sin cólera ni impaciencia» á todas las afirmaciones de Rée, se le puede creer. Los enfermos atacados de la locura de la duda y de la negación, no se irritan cuando discuten ó

pues sus particularidades características se repiten en él centenares de veces. Un día tuvo conciencia sensorialmente de este signo interrogativo que vivía siempre presente en su espíritu bajo la forma de una obsesión. Llama al amor de la dominación (*Así habló Zaratustra*, 3.^a parte, pág. 55), «el signo de interrogación que fulgura al lado de respuestas prematuras.» Esto, en este párrafo, no tiene absolutamente ningún sentido; pero se hace en seguida comprensible, al recordar que los dementes tienen la costumbre de expresar repentinamente las representaciones que surgen en su conciencia. Nietzsche *vió* manifestamente en su espíritu «el signo de interrogación fulgurante», y habló de él, de repente y sin transición.

¹ «Una vida griega á la cual decía no.» «Un pesimismo que no sólo dice no, no sólo quiere (!) no, sino... que hace (!!) no.» «Un no interior dicho á esta cosa ó á aquella.» «Libre de la muerte, y libre en la muerte, un santo que dice no.» Después, como *pendant* complementario: «Preñada de destellos que dicen ¡Sí! rien ¡Sí!» «Mientras que toda moral noble crece hasta convertirse en ella misma, saliendo de un sí triunfal.» (Se siente como alguna cosa) «diciendo por lo menos sí á la vida.» «Poder decirse á sí mismo sí, he aquí... un fruto maduro.» (La humanidad primitiva siente la maldad desinteresada como algo) «á que la conciencia dice atrevidamente sí.» «Él proyecta fuera de sí como un sí cada no que se dice á sí mismo.» Se ve pues, el uso que hace Nietzsche de su «decir sí» y «decir no»; se encuentran casi en lugar de todos los verbos que unen el sujeto y el atributo. Nietzsche expresaría así la idea «tengo sed»: «Yo digo sí al agua»; y en lugar de «tengo sueño», diría: «Yo digo no á estar despierto», ó: «Yo digo sí á la cama», etcétera. De esta manera tienen costumbre de circunscribir sus ideas los enfermos en la afasia incompleta.

contradicen; lo hacen bajo la presión de su enajenación mental. Pero los locos furiosos entre ellos, si no se irritan ellos mismos, tienen, por lo menos, el propósito consciente de irritar á los demás. A Nietzsche se le escapa una confesión sobre este punto: «Mi manera de pensar reclama un alma belicosa, la voluntad de hacer el mal, la alegría de decir no» (*La Gaya Ciencia*, pág. 63). Comparemos con esta confesión estos pasajes de Ibsen: «¿Por qué arremetías contra todo y contra todos?—Sencillamente para ser desagradable á estas criaturas mojigatas de ambos sexos de nuestra ciudad», y: «sobrevendrá algún suceso que los salpicará á todos de lodo». (*Los Sostenes de la sociedad*, págs. 70 y 119.)

El Dr. Hermann Türck, en una excelente obrita, ha investigado la causa de una de las «originalísimas» doctrinas de Nietzsche: la de la interpretación de la conciencia como una satisfacción del instinto de crueldad, por el destrozamiento interior de sí mismo. El Dr. Türck reconoce con gran justicia el estado morbosó de la locura moral en el fondo de esta idea demente, y continúa así:

«Representémonos ahora un hombre de esta índole, con los instintos innatos del asesinato ó con anomalías ó una perversidad de sentimientos morales, y al mismo tiempo muy bien dotado, provisto de la mejor instrucción y de una excelente educación, criado en agradables condiciones y bajo la vista vigilante de mujeres... y ocupando ya desde joven una eminente situación social, es claro que los instintos morales superiores han de adquirir en él tal fuerza que se encuentren en situación de poder rechazar en lo más profundo interior y de refrenar enteramente la alegría bestial de destrucción, sin poder extinguirla sin embargo, por completo. No puede manifestarse en actos, es cierto; pero el instinto, que es innato, subsiste en estado de deseo incumplido, alimentado en lo más hondo del corazón... como ardiente aspiración á entregarse á su cruel voluptuosidad. Así pues, toda no-satisfacción de un instinto fuertemente acusado, tiene por consecuencia el dolor y la tortura íntima. Nosotros, hombres, estamos muy inclinados á mirar como natural y justificado lo que nos causa decididamente placer, y á rechazar, á la inversa, como perjudicial y contrario á la naturaleza, lo que nos proporciona dolor. Es muy posible, pues, de este modo, que un hombre inteligente, muy ilustrado, nacido con instintos perversos y que sienta como una tortura la no satisfacción del instinto

llegue á justificar como algo bueno, hermoso y natural la voluptuosidad del asesinato, el egoísmo extremo, y, por lo contrario, á señalar como aberración morbosa los instintos morales superiores opuestos que se manifiestan en nosotros como lo que llamamos conciencia »¹.

El Dr. Türck tiene razón cuando admite en Nietzsche una aberración moral é innata: la inversión de los instintos sanos en sus contrarios. Comete, sin embargo, un error en la interpretación de los fenómenos en que se manifiesta la aberración, error que se explica por el hecho de que el Dr. Türck no está evidentemente muy al corriente de la psiquiatría. Supone que en el espíritu de Nietzsche los malos instintos riñen un rudo combate con las consideraciones mejores que le han sido inculcadas por la educación, y que siente como un dolor el ahogamiento de sus instintos por el juicio. Probablemente no es este el verdadero estado de cosas. Nietzsche no ha tenido necesariamente la precisión de experimentar el deseo de cometer asesinatos y otros crímenes, pues no todos los perversos están sometidos á las impulsiones; la perversión puede estar exclusivamente limitada á la esfera del pensamiento y satisfacerse únicamente en representaciones. Un perverso de esta especie no concibe nunca la idea de transformar sus representaciones en actos; su perturbación patológica no se extiende á los centros de la voluntad y del movimiento, sino que se apodera exclusivamente de los centros de ideación; conocemos, verbi-gracia, formas de perversión sexual en las cuales los enfermos no sienten nunca la necesidad de satisfacerse con actos y no gozan más que en espíritu². Esta asombrosa

¹ Dr. Hermann Türck, *Federico Nietzsche y sus desvarios filosóficos*, 2.^a edición. Dresde, 1891, pág. 7.

² B. Ball, *La Locura erótica*, París, 1888, pág. 50: «Os he trazado el cuadro del amor casto (locura amorosa ó erotomanía de Esquirol), en que las más grandes extravagancias quedan encerradas en los límites del sentimiento y nunca son profanadas por la

separación de la relación natural entre representación y movimiento, entre pensamiento y acto, este desprendimiento de los órganos de la voluntad y del movimiento de los órganos del pensamiento y del juicio á los cuales obedecen en circunstancias normales, es en sí una prueba del profundo desarreglo de la máquina pensante. Las gentes incompetentes hacen notar de buen grado que una porción de escritores y artistas constituyen un contraste directo entre su vida exenta de actos censurables y sus obras que pueden ser inmorales ó contrarias á la naturaleza, y de este contraste sacan la conclusión de que nada autoriza á deducir de las obras la naturaleza intelectual y moral de sus autores. Los que hablan así, ni siquiera sospechan, en su ignorancia, que hay perversiones puramente intelectuales que son una enfermedad del espíritu absolutamente lo mismo que los impulsos de los «impulsivos».

Este es visiblemente el caso de Nietzsche. Su aberración es de naturaleza puramente intelectual y no le ha impulsado apenas á realizar actos. No existe pues, tampoco en su espíritu la lucha entre los instintos y la moralidad adquirida, y la explicación de su conciencia tiene un origen muy diferente del que supone el Dr. Türck. Es una de esas interpretaciones erróneas de una sensación por la conciencia que la percibe, observadas con tanta frecuencia; Nietzsche nota que las representaciones de naturaleza cruel van en él acompañadas de sentimientos de placer, que están, según la expresión de la psiquiatría, «voluptuosamente acentuadas». Está inclinado pues, á causa de estas sensaciones simultáneas, á evocar representaciones voluptuosas de este género y á detenerse en

intervención de los sentidos; os he mostrado ejemplos de este de lirio llevado hasta los últimos límites de la insania, sin que en él se mezcle jamás una idea extraña al dominio del amor platónico.»

ellas con satisfacción ¹. La conciencia trata en seguida de interpretar razonablemente estas experiencias, suponiendo que la crueldad es un instinto primordial poderoso en el hombre, y que éste se complace por lo menos en la idea de actos crueles á falta de poder cometerlos realmente, y á esta contemplación voluptuosa de representaciones de tal naturaleza la llama su conciencia. Como ya lo he mostrado más arriba, los remordimientos de conciencia son, según Nietzsche, no la consecuencia de malas acciones, sino que se manifiestan en gentes que nunca han cometido ningún acto malo. Emplea así la palabra, de una manera imposible de desconocer, en un sentido completamente distinto del sentido habitual y que le pertenece á él solo; designa con esto sencillamente el goce que experimenta en fijarse en representaciones de crueldad voluptuosamente acentuadas.

Pero es bien conocida de los médicos alienistas la aberración en la cual el enfermo siente, ante actos ó representaciones de naturaleza cruel, una excitación voluptuosa; tiene un nombre en la ciencia: se llama sadismo. El sadismo es la forma de perversión sexual opuesta al masochismo ². Nietzsche está atacado de sadismo en el

¹ Nietzsche habla en un párrafo (*Sobre la Genealogía de la Moral*, pág. 132) de «la especie de onanistas morales que se satisfacen á sí mismos». No se aplica personalmente esta frase; pero es incontestable que está inspirada por un obscuro sentimiento de su propio estado de alma.

² Dr. R. von Krafft-Ebing, *Nuevas investigaciones*, etc., páginas 45 y siguientes: «El contraste es completo entre el masochismo y el sadismo. Mientras que aquél quiere sufrir dolores y sentirse sometido á la violencia, el fin de éste es causar dolores y ejercer violencia... Todos los actos y todos los estados que practican los sadistas en el papel activo, forman para el masochista en el papel pasivo el objeto del deseo. En ambas perversiones estos actos pasan, de hechos puramente simbólicos, á malos tratos graves... Ambos deben ser considerados como psicopatas originarias de individuos psíquicamente anormales atacados en particular de hiperestesia sexual psíquica; y además de otras anomalías aparte por regla general... El placer de causar dolor y el placer de experimentarlo se manifiestan solamente como dos aspectos diferentes del mismo hecho psíquico

más alto grado; sólo que esté en él está limitado únicamente á la esfera intelectual y se satisface en un libertinaje ideal. Como no quiero detenerme mucho tiempo en este objeto repugnante, no citaré más que un corto número de párrafos que demuestran que en Nietzsche las imágenes de crueldad van acompañadas y subrayadas, sin excepción, por representaciones de naturaleza voluptuosa. «La fiera rubia, magnífica, lascivamente golosa de presa y de victoria» (*Sobre la Genealogía de la Moral*, pág. 21). «El sentimiento de bienestar de poder saciar sin escrúpulo su poderío sobre un impotente, la voluptuosidad de faire le mal pour le plaisir de le faire ¹, el goce que hace experimentar la violencia» (*Id.*, pág. 51). «Obrad como queráis, ebrios de alegría que sois; rugid de voluptuosidad y de maldad» (*La Gaya Ciencia*, pág. 226). «El sendero del propio cielo pasa siempre por la voluptuosidad del propio infierno» (*Id.*, pág. 249). «¿Cómo es que yo no he encontrado todavía á nadie que conociera la moral como problema, y este problema como su miseria, su tortura, su voluptuosidad, su pasión personales?» (*Id.*, pág. 264). «Gracias á la contemplación de las tragedias, de las corridas de toros y de las crucifixiones, es por lo que se ha sentido hasta aquí á gusto sobre la tierra, y cuando imaginó el infierno, ved, todo eso fué su cielo sobre la tierra. Cuando el grande hombre grita, el pequeño acude corriendo, y de lujuria, lleva la lengua fuera» (*Así habló Zaratustra*, tercera parte, pág. 96). Ruego al lector profano que dedique una especialísima atención á la asociación de las palabras subrayadas con las que expresan una idea de

cuyo principio primario y esencial es la conciencia de sujeción; activa en un caso, pasiva en otro.» Véase Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, primera parte, pág. 95: «¿Vas á ver mujeres? ¡No te olvides el látigo!» *Más allá del Bien y del Mal*, pág. 186: «La mujer se olvida de temer al hombre» y renuncia así á «sus instintos más femeninos».

¹ *Hacer el mal por el placer de hacerlo*, en francés, en el original. (N. del T.).

maldad, pues que esta asociación no es accidental ni arbitraria: es una necesidad psíquica, porque ninguna imagen de maldad y de crimen puede surgir en la conciencia de Nietzsche sin excitarle sexualmente, y tampoco puede experimentar ninguna excitación sexual sin que aparezca inmediatamente en su conciencia una imagen de violencia y de sangre.

La fuente real de la doctrina de Nietzsche es pues su sadismo. Y aquí voy á hacer una observación general, en la cual no me detendré mucho tiempo, pero que recomiendo muy especialmente á la atención del lector. Ninguna cualidad de un autor contribuye de una manera tan fuerte y tan determinante al buen éxito de tendencias malsanas en el arte y en la literatura como su psicopatía sexual. Todos los desequilibrados, neurasténicos, histéricos, degenerados, dementes, tienen el olfato más fino para las perversiones de naturaleza sexual y las adivinan al través de todos los disfraces. Es verdad que, por regla general, no saben ellos mismos qué es lo que les agrada en ciertas obras y en ciertos artistas, pero al examinarlo se descubre siempre, en el objeto de su predilección, la manifestación velada de alguna psicopatía sexual. El masochismo de Ricardo Wagner y de Ibsen, el skoptzismo de Tolstoi, la erotomanía (locura amorosa casta) de los preraphaelitas, el sadismo de los decadentes, de los diabólicos y de Nietzsche, proporcionan á estos escritores y á estas tendencias incontestablemente una gran porción, y en todo caso la más sincera y la más fanática de sus partidarios. Las obras sexualmente psicopáticas excitan en los seres anormales la perversión análoga, adormida é inconsciente, quizá también no desarrollada, aunque ya existente en germen, y les procuran vivos sentimientos de placer que consideran con gran frecuencia de buena fe como puramente estéticos ó intelectuales, cuando en realidad son sexuales. Sólo á la luz de esta explicación es como se comprenden plenamente las

tendencias artísticas características de los anormales, de las cuales tenemos pruebas ¹. Esta confusión de los sentimientos estéticos con los sentimientos sexuales, no tiene nada de sorprendente porque estas dos esferas de sentimientos, no sólo se tocan, sino que hasta coinciden en gran parte, como ya lo he demostrado en otro sitio ². En el fondo también de todas las rarezas del traje, sobre todo en las mujeres, se esconde una especulación inconsciente hacia alguna psicopatía sexual, que encuentra una excitación y una atracción en la moda de los vestidos de cada época. Todavía no se han estudiado las modas desde este punto de vista, y yo, por mi parte, no puedo permitirme alejarme tanto de mi objeto principal, pero recomiendo esta materia á las gentes competentes con gran encarecimiento; ¡harán en el terreno de las modas sorprendentes descubrimientos psiquiátricos!

He consagrado á la demostración de la insania del pretendido sistema filosófico de Nietzsche mucho más espacio del que merecen semejante hombre y semejante sistema. Hubiera bastado indicar tan sólo el hecho, suficientemente expresivo, de que Nietzsche, después de haber sido en otras ocasiones internado varias veces en asilos de locos, ha vivido, hasta hace poco, como demente incurable, en el establecimiento del profesor Biswanger, en Jena,

¹ Dr. R. von Krafft-Ebing, *Nuevas investigaciones*, etc., página 108. Un psicópata sexual escribe: «Yo me intereso mucho por el arte y por la literatura. Los poetas y los escritores que me atraen más son aquellos que describen los sentimientos refinados, las pasiones especiales, las impresiones rebuscadas: me agrada un estilo artificial (ó ultra-artificial). Así, en música, la música más expresiva para mí es la nerviosa y excitante de un Chopín, de un Schumann, de un Schubert (?), de un Wagner, etc. Me atrae en arte todo lo que es, no sólo original, sino también estrafalario.» Pág. 128, otro enfermo: «Me gusta apasionadamente la música, y soy un partidario entusiasta de Ricardo Wagner, predilección que he observado en la mayor parte de nosotros (atacados del sentimiento sexual contrario!); hallo que esta música responde precisamente con tanta fuerza á nuestra manera de ser, etc.»

² Véase el capítulo: «Estética evolucionista» de mis *Paradojas*.

«*the right man in the right place*», según dice el adagio inglés. Ciertamente es que un crítico ha dicho: «El entenebrecimiento intelectual puede extinguir el cerebro más luminoso; así no puede oponérsele con certidumbre al valor y á la exactitud de lo que alguien haya enseñado antes de la aparición de esta desgracia». A esto hay que responder que Nietzsche ha escrito sus obras más importantes entre dos estancias en un manicomio; es decir no «antes», sino «después de la aparición de esta desgracia», y que toda la cuestión consiste en saber de qué naturaleza es la enfermedad mental que se invoca como prueba de la insania de una doctrina. Claro es que la locura ocasionada por una lesión accidental de la cabeza, una caída, una herida, etc., no puede probar nada contra la exactitud de lo que el enfermo haya podido enseñar antes de su accidente. Pero el caso varía si la enfermedad ha existido en estado latente desde el nacimiento del enfermo, y puede ser demostrada con certeza por sus obras mismas. Entonces basta absolutamente demostrar que el autor es un loco y su obra el galimatías de un demente; toda otra crítica, todo esfuerzo de refutación razonable de sus diversas locuras, son superfluas—y hasta un poco ridículas,—por lo menos á los ojos del hombre competente. Tal es precisamente el caso de Nietzsche. Nietzsche es un demente de nacimiento sin error posible, y sus libros llevan en cada página el sello de la locura. Quizás sea cruel insistir sobre este punto¹, pero es un

¹ Dr. Max Zerbst, *No y sí*, Leipzig, 1892, pág. 7: «No es imposible que este librito llegue á las manos de los que viven muy cerca del enfermo... al que un tratamiento algo indelicado de su desgracia afligirá profundamente.» El último de todos los que tienen el derecho de quejarse de un trato indelicado y de reclamar consideraciones, es un nietzscheano que reivindica para sí mismo la «alegría de querer hacer mal» y la «gran falta de consideraciones» como privilegios del «superhombre». Zerbst califica su escrito de respuesta al del Dr. Hermann Türck; pero no es más que una repetición puerilmente obstinada y audaz de todas las afirmaciones de Nietz-

deber penoso, imposible de evitar, el de señalarlo siempre de nuevo, puesto que Nietzsche ha llegado á ser el autor de un contagio intelectual á cuyo desarrollo no se puede esperar poner fin más que arrojando plena luz sobre la locura de Nietzsche mismo, y marcando igualmente á sus discípulos con el hierro enrojecido que les conviene: el de histéricos é imbéciles.

Kaatz afirma que la «semilla intelectual» de Nietzsche empieza «á germinar por doquiera. Ya una de las saetas más aguzadas de Nietzsche se ha tomado por epígrafe de una tragedia moderna, y alguno de sus giros expresivos de lenguaje se incorpora ya al uso establecido del idioma... Es casi imposible leer hoy un solo tratado que desflore simplemente el terreno filosófico sin encontrar en él el nombre de Nietzsche¹». Esto es una exageración calumniosa, pues las cosas no han llegado hasta ese punto. Los únicos «filósofos» que hasta aquí han tomado en serio el insano disparatar de Nietzsche, son los que ya he llamado más arriba los «gigolos de la filosofía». Pero el número de estos «gigolos» crece efectivamente de una manera inquietante y su descaro sobrepaja á todo lo conocido.

Inútil es decir que entre los apóstoles de Nietzsche no puede faltar Jorge Brandés. ¿No sabemos que este personaje ingenioso se agarra á toda aparición en la cual huele una primadonna posible para cosechar por su mediación un pequeño beneficio como empresario de gloria?

che, cuya demencia ha demostrado el Dr. Türck. Lo que es excesivamente chocante es que Zerbst quiere probar á Türck que no existen psicosis de la voluntad, apoyándose en una compilación muy floja de Ziehen. Ahora bien; Türck no ha dicho una sola palabra de psicosis de la voluntad de Nietzsche, sino que es el mismo Nietzsche quien habla (*La Gaya Ciencia*, pág. 270) de «una enorme enfermedad de la voluntad» y de «una enfermedad de la voluntad». La objeción de Zerbst no se dirige pues al Dr. Türck, sino á Nietzsche, su propio maestro.

¹ Dr. Hugo Kaatz, *op. cit.*, primera parte, pág. 6.

Brandés dió en Copenhague conferencias sobre Nietzsche y «habló en términos entusiastas de este profeta alemán, ante cuyos ojos la moral de Stuart Mill no es más que el síntoma morboso de un tiempo degenerado; de este «aristócrata radical» que rebaja á rebeliones de esclavos todos los grandes movimientos populares liberales de la historia, la Reforma, la Revolución francesa, el socialismo moderno, y se atreve á anticipar que los millones de millones de individuos que componen las naciones, no existen más que para producir una vez ó dos en cada siglo una gran personalidad ¹.»

Roberto Schellwien concede, es verdad, con más honradez en esto que los demás apóstoles nietzscheanos, que «le será muy difícil» á la «doctrina» de Nietzsche «ejercer una acción considerable sobre el vulgar individualismo», lo que lamenta visiblemente, aunque la coloca en el rango de «los grandes errores y las cosas estrechas» y hace lo que puede, en parte por esclarecer, en parte por criticar la charla huera de su «profeta», con su propia charla insubstancial ².

Una serie de imitadores se esfuerza activamente en tomar por modelo á Nietzsche en los más ínfimos detalles. Su tratado *Schopenhauer educador* (*Consideraciones in-tempestivas*, tercer fragmento) ha encontrado una monstruosa parodia en *Rembrandt educador*. Verdad es que la hirviente verbosidad y los saltos de ideas insensatos de un loco furioso no han podido ser imitados por el imbécil autor de esta parodia. Este síntoma patológico sería por otra parte, casi imposible de imitar; pero el imitador se ha asimilado los retrúecanos, la ecolalia sin sentido del modelo, y trata también de reproducir, en cuanto le permiten sus escasos medios, el individualismo megalómano y criminal de Nietzsche. Otro imbécil, Alberto Kniepf se

¹ Ola Hansson, *La joven Escandinavia*, cuatro ensayos. Dresde y Leipzig, 1891, pág. 12.

² Roberto Schellwien, *op. cit.*, págs. 5 y 6.

ha enamorado sobre todo de la gran importancia que se da Nietzsche y se pone en evidencia solemnemente con actitudes y gestos de príncipe de lo más divertido; se califica á sí mismo de «hombre de gusto elevado y de sentimiento delicado», habla con desprecio del «ruido cotidiano profano de la masa», ve «el mundo por debajo de él» y él se ve elevado «por encima de este mundo de la multitud», y no quiere «ir por la calle prodigando su sabiduría á todo el mundo», etc., todo esto absolutamente en el estilo de Zarathustra que habita en las más altas cimas ¹. El Dr. Max Zerbst, ya mencionado, afecta considerarse como terrible á sí mismo, á ejemplo de Nietzsche, y creer que sus adversarios tiemblan delante de él. Cuando les hace hablar pone en sus labios acentos doloridos ², y se goza con una burla cruelmente superior del terror mortal que les inspira. Esta actitud es muy natural en un loco furioso y excita la compasión, pero cuando la adopta un pobre infeliz como este Dr. Max Zerbst, produce un efecto irresistiblemente bufo, y recuerda al «joven de las piernas débiles» que «no cree más que en la sangre y que quiere sangre», del *Pickwick* de Dickens. Zerbst tiene la audacia de pronunciar las palabras «ciencia» y «psicofisiología». Esta es una consigna entre los discípulos de Nietzsche: toman á este enjarretador de frases enajenado que adoran, como un psico-fisiólogo y un hombre de cien-

¹ Alberto Kniepf, *Teoría de los valores del espíritu*. Leipzig 1892.

² Dr. Max Zerbst, *op. cit.*, pág. 1.ª: «¡Oh! ¡esta ciencia modernal ¡gestos psicólogos modernos! ¡Nada es sagrado para ellos!»... «Cuando un hombre criado en la escuela del «idealismo» enfermizo se coloca enfrente de un sabio cruel de esta especie... este impío coge con la mano un pedazo de tiza», etc. El «joven psicólogo» «se vuelve hacia el idealista que está completamente desconcertado» y éste «responde con un poco de timidez» y «añade un poco entristecido», á lo que «el joven psicólogo replica con un ligero encogimiento de hombros». Entiéndase bien que el «joven psicólogo», «cruel», «impío», que se encoge de hombros», es él, Zerbst; y el «idealista» que gimotea, que habla y responde «tímidamente» y «entristecido», es su adversario, el Dr. Türck!